

revista cultural en español
volumen 8, primavera 2009

edición

José Alemán · Juan Víctor Fajardo · Harrison Magee
Shadi Rohana · Andrea Cornejo · Danny Lascano
Amber Wantman · Brigitte Buquez · Hena Choi
Raymundo Alfaro Aco · Natalia Cote Muñoz · Mariela Puentes

colaboración

María Luisa Guardiola

ñ

tamaño entraña BAÑO cañaverl socaliña montaña
ceño PIRAÑA hazaña araña ñoquí muñón ñata
mañana çspañol guiñar piña arañar casta oseñalar
montaña buñuelos morriño ñoño niñez pañuelo
cígüeña PEÑA pequeño pañal muñeca maraña
cuñada rççña ñoñez pañuelo compañero cañete
VICUÑA estaño botaraña çmpçño mañoso regañar
pedigüeño peñiscón castañuela añadir barbícastaño
año aguadeño risueño viña CAÑO señal extraño
ñandú piraña pestaña COMPAÑERO engañar niñez
regañar maña leña ALIÑO cañón añejo señorita antaño
champaña halagüeño ñu ceñir aguileño puño cariño
pañuelo acuñañar compañía piñata PEQUEÑO champiñón
doña COMPAÑÍA cañaverl campaña cañaverl
afuereño SUEÑO cariño TACAÑO tamaño acompañar
enseñar señal extraña daño ñeque corpiño ñoclo
piñata fanfurríño niño eñe muñeca cabaña nepeña
buñuelo pestaña çña sueño bolaño soñoliento
engañar nuño tamaño piña maña migraña ñaña
señor puño baño tamaño entraña BAÑO cañaverl so-

El año pasado, ñ estuvo a punto de morir. Lo que parecía ser una base sólida, fundamentada en la publicación de siete volúmenes consecutivos, resultó ser tan frágil como un castillo de arena. Lamentablemente, en el 2008 ñ no vio la luz.

Hoy, ñ aparenta haber alcanzado su mayoría de edad.

De una pequeña revista literaria en peligro de extinción, nos transformamos en una ambiciosa revista cultural con escritos de estudiantes, ex-alumnos y amigos. Reconocemos las contribuciones de Sara Mata, Edgar Lara y Verónica Barahona, miembros del consorcio literario Judith, a quienes conocimos en San Salvador, El Salvador, durante un histórico proceso electoral.

Nuestro concurso de cuento fue un éxito rotundo y el nuevo diseño refleja los logros de este año y las ambiciones de logros por venir. La decisión de incluir un poema bilingüe es un mensaje claro de apertura y flexibilidad en momentos en que el mundo aparenta volverse cada vez más cerrado.

Al mismo tiempo, nuestra misión de fomentar el uso, el estudio y la apreciación del español continúa intacta. Para garantizar el éxito de la revista, reclutamos un nuevo grupo de editores llenos de entusiasmo, entrega y creatividad. Danny, Brigitte, Hena, Ray, Natalia y Mariela, esta revista va dedicada a ustedes. Esperamos que les sirva de muestra de lo que pueden lograr juntos si se lo proponen y que la usen como punto de partida para mayores transformaciones bajo su tutela.

A fin de cuentas, los que nos juzgarán serán ustedes, nuestros lectores y escritores. La meta de ñ es brindarles un espacio para que se expresen, jueguen, debatan, dialoguen, reflexionen y creen en español. Este año, trabajamos juntos en pos de esa meta. Esperamos que disfruten el resultado.

ñ

contenido

i. concurso de cuento corto

natalia cote '12 - tragedias cotidianas	6
danny lascano '10 - tendré que dejar su cama	9
adriana popa '12 - tragedias cotidianas	11

ii. poesía

verónica barahona - chocolate	15
sara mata - primavera	16
edgar lara - después de esperar	17
danny lascano '10 - derrota consumida	18
andrea cornejo '10 - sin título	20
robin myers '10 - el ícono	21
verónica barahona - a ti	22
edgar lara - ejemplar patriarcado	23

iii. prosa

raúl santos '10 - desvaríos	25
sara mata - reflexión	26
miguel solano '07 - piquería	27
robin myers '10 - "ya voy para allá"	29
justin difeliciantonio '10 - una literatura de la mezcla	32

i. concurso de cuento corto

A continuación, los escritos que recibieron el primer, segundo y tercer lugar de nuestro primer Concurso de Cuento Corto, Primavera 2009, cuyo tema fue "tragedias cotidianas". Felicitamos a Natalia Cote '12, Danny Lascano '10 y Adriana Popa '12, por alzarse con los premios del concurso, respectivamente. Sus cuentos nos recuerdan que en lo trágicamente cotidiano y en lo cotidianamente trágico también podemos encontrar y celebrar la belleza.

Les agradecemos al Departamento de Lenguas y Literaturas Modernas, al Centro Intercultural, a la sección de Estudios Latinoamericanos y a la Oficina de Asuntos Multiculturales de Swarthmore College por proveer el financiamiento para los premios.

¡Disfruten!

El jurado: José Alemán '09, Shadi Rohana '09, Hena Choi '11
y Prof. María Luisa Guardiola

¿Qué es una tragedia cotidiana?

cotidiano, na.

(Del lat. *quotidiānus*, de *quotidie*, diariamente).

1. adj. diario.

Al escuchar la frase "tragedias cotidianas", lo primero que nos viene a la mente es algo trivial, algo de todos los días, que por ser tan ordinario deviene trágico. Algo así como sentarse siempre al lado de la misma persona en el metro pero nunca hablarle. Quizás cada día que pasa sin hablarle es un día más sin conocer a quien bien pudiera ser el amor de tu vida.

Al mismo tiempo, una tragedia cotidiana pudiera ser tener que esconderse a llorar debajo de la cama para no escuchar las interminables y violentas discusiones de tus padres. O quizás tener que negarle un pedazo de comida a un niño porque, de no hacerlo, te morirías de hambre.

En realidad, todo depende del contexto.

tragedias cotidianas

natalia cote

Pasar al menos tres horas del día en el tráfico es un dolor de cabeza para muchos en la Ciudad de México. Levantarse especialmente temprano para llegar al trabajo en Palmas cuando vives por la salida de Cuernavaca, al otro lado de la ciudad, se vuelve algo completamente común. Es toda una travesía que todos los días hacen miles de personas neurotizadas por un caos de pitos en la manejada matutina, agobiados por la conglomeración de sudores y olores amontonados unos sobre otros en el metro.

Para Ehecatl Velazco no era solamente un dolor, sino una tragedia. Una tragedia cotidiana que lo perseguía cada momento que pasaba en la lentitud del tráfico y le recordaba su fracaso. El tráfico era una cárcel que no le dejaba ser libre y expresar su verdadero ser, el de una serpiente de viento conocida por su capacidad de crear riquezas a través de su lluvia veloz.

Ehecatl nació en Puebla, donde diez años después aprendió a manejar su primer auto. A pesar de su pequeño tamaño, aprendió a adaptarse lo suficiente para poder manejar cómodamente el tractor de su tío. Después de varias manejadas se dio cuenta que lo que sentía no era sólo comodidad, sino libertad y realización. Pedía siempre estar dentro de autos y manejarlos. Les suplicaba a sus padres poder ir al mercado todos los días con tal de que le prestaran uno de los autos para arreglar el motor disfuncional o simplemente limpiarlo. Sus padres rápidamente lograron tenerle confianza a su técnica, tanto que a sus dieciséis años su padre, que había conseguido un prestigioso trabajo con Renault, le regaló su primer coche, algo especialmente fuera de lo común en su época. Ehecatl lo llevaba a todos lados, dando vueltas por la ciudad, y especialmente saliendo a la carretera donde se sentía el rey del mundo. No existía nada mejor en su vida que correr a ciento-cincuenta kilómetros por hora con las ventanas abiertas en una calurosa tarde de abril.

Mientras pasaban los años y Ehecatl se convertía en hombre, su padre comenzó a presentarlo en la compañía como un próximo empleado. La compañía había sido comprada por el dueño libanés de una compañía telefónica que estaba creciendo viento en popa. Era hora de impresionar al nuevo dueño para asegurar su puesto y el futuro de su hijo que se aburría en su rutinaria carrera universitaria de comunicaciones y relaciones públicas. Los planes de su padre fallaron terriblemente cuando el joven arruinó una entrevista para la compañía al presentarse frívola y desinteresadamente. Su padre, siempre insistente, le consiguió de todas formas un trabajo pequeño en la compañía y esperaba que con el tiempo madurara y se superara.

El joven Ehecatl no aguantaba estar encarcelado, ni siquiera por su padre, pero considerando sus escasos medios económicos no le quedó otra que intentar manipular un poco las reglas para lograr ser sí mismo. Se ofrecía para manejar los coches de un lado a otro, y cuando nadie lo estaba observando los hacía correr por doquier, tomando los caminos largos y aún así llegaba antes que los que tomaban el camino corto. Esos pequeños detalles le permitían unos momentos de libertad entre la opulencia burocrática que lo perseguía cotidianamente.

Llegó un día en que por poco su vida se convirtió en tragedia. El joven irresponsable corría a una velocidad exagerada en uno de los costosos carros de la compañía, con el viento alegre pegándole en la cara por la ventana abierta. Despreocupado, decidió no fijarse en los caminos por los que corría hasta que se le cruzó nada más ni nada menos que

la caravana de carros blindados del jefe mayor. En un reflejo de un milisegundo giró el volante en el ángulo perfecto que logró salir en un zigzag eléctrico, evadiendo el choque casi de manera inevitable. El chico corrió lo más que pudo, sabiendo que su carrera, su reputación y la de su padre habían sido destruidas en ese mismo instante de distracción.

Al final fue detenido por la policía, que lo había estado buscando por un tiempo. Ehecatl, derrotista, sólo bajó su ventana lo suficiente para que los “cerdos de la ley”, como él los conocía, le vieran la cara y recibieran el mensaje de que se estaba entregando, pero no lo suficiente para perder su orgullo por completo. El joven los miró de reojo mientras ellos abrieron la puerta del elegante automóvil y con unas agresivas y forzosas palabras le pidieron que se saliera, que quién se creía al estar jugando con las pertenencias de la compañía, que ya le iban a enseñar a comportarse donde lo iban a llevar.

En un instante tan rápido como en el que evadió el choque, llegó el gran jefe. Su presencia era parecida a la de un dirigible que a todo cubre con una sombra por su tamaño. Uno de los policías sólo le murmuró con una sonrisa:

-- *Ya te jodiste, pendejo.*

Ehecatl estaba tentado a palidecer, pero el chico terco trataba de no dejarse llevar por las situaciones estresantes y siempre mantenerse fuerte. El jefe sólo comenzó a reírse en su cara, casi a carcajadas.

-- *Eres bien pendejo, m'ijo. Pero abusado, y los abusados me gustan.*

El gran señor le puso su mano en el hombro y señaló a los policías con la mano izquierda para que se fueran. Enardecidos, le susurraron unos cuantos insultos al joven, yéndose al final sin dejar rastro.

-- *Los hombres como yo, m'ijo, estamos hechos de dinero. No porque hayamos crecido con dinero, sino porque nacimos con dinero en la cabeza. Somos unos pocos, por eso la mayoría de la gente es pendeja como tú. Por otro lado, nos damos cuenta cuando hay una oportunidad, un pendejito como tú, chamaco, que puede sobresalir y hacernos un favor. Vamos y entra en mi coche.*

El hombre le señaló de nuevo con su mano izquierda a un chofer que se metiera en el coche que manejaba Ehecatl, mientras los guaruras atosigaban al joven lo suficiente para que no le quedara otra que entrar en uno de los carros blindados.

-- *Te cuento, mi chamaco, que casi te jodiste no sólo tu futuro sino el puesto de papá, que por lo que entiendo es un hombre honrado, ¿no? Pero tú, por pendejear, casi le arruinas la vida. Pero, te propongo una forma de arreglar eso, así todos estamos bien, ¿no? Vi como manejaste ese mercedes. Hay pocos como tú que tengan ese talento. No sólo tú, sino nosotros casi nos morimos por tu idiotez. Por alguna razón, que podría sólo ser pura suerte, aunque lo dudo, evadiste el choque. Tienes talento, chamaco, y últimamente me han estado gustando las carreras de automóviles. ¿Qué piensas? Que tu padre y tú pierdan sus trabajos a lo pendejo, u obtener fama nacional e internacional por correr autos, que veo que te gusta. ¿Qué piensas?*

Era como si le hubieran presentado su vida ideal en bandeja de plata. En unos pocos meses, el chico ya había corrido en varias carreras de nivel medio, y en un año ya era uno de los campeones nacionales. Con su coche de carreras rojo despampanante, patrocinado por el jefe, no había quien lo parara. Así pasaron los mejores años de su vida, en los que Ehecatl logró despertar la serpiente emplumada que dormía en su vientre.

Entonces, ¿qué hace ahora un corredor de automóviles atascado en el asqueroso y atosigante tráfico del Distrito Federal? Es simple. Todo comenzó con una mala racha de autos de carreras y el anuncio de una carrera internacional que se haría en el mero

México. Después de haber perdido la confianza del jefe por su mala racha, Ehecatl le insistió que lo dejara participar en esa carrera, suplicándole de mil y una maneras, diciéndole que ya se le había acabado la mala racha y que iba a correr como antes. Por alguna razón el jefe decidió darle una oportunidad, pero amenazándolo de que si no ganaba al menos el segundo lugar, lo dejaría de patrocinar, que ya había “perdido demasiada lana en sus pinches carreritas pendejas”.

El día de la carrera Ehecatl nunca se había sentido mejor. Había practicado día tras día para obtener una carrera aún mejor que la mejor que había tenido antes, yendo lo más rápido posible para aún poder maniobrar cómodamente. Todo empezó bien, y rápidamente llegó al primer lugar entre los corredores, hasta que en medio de la carrera se le cerró otro corredor por delante y no se pudo escapar, terminando en la ruptura de casi todos sus huesos y cráneo, y aunque por milagro no se hubiera quedado paralítico, le prohibieron volver a correr de nuevo.

Desde ese día en adelante sólo se le cerraban todas las puertas. Aunque el jefe aparentaba ser “bueno” al pagarle el hospital y las operaciones, le dejó muy claro que no quería tener nada que ver con él de nuevo, y que en todo caso el único puesto que le ofrecería a un mediocre estudiante de comunicaciones que ni se pudo graduar era el de contestar las llamadas telefónicas de su compañía de teléfonos.

Y ahí terminó Ehecatl, media decena de años, perdiendo su vida contestando llamadas telefónicas de gente distraída que no entendía qué era un “PIN” ni cómo llegar al buzón de voz. El final de esos años se volvió especialmente terrible, porque el nuevo gobernador de la Ciudad de México decidió hacer unas obras burocráticas que aumentaron el tráfico por el doble. Ehecatl no podía más. Pasarse seis horas de su vida en el tráfico le era antinatural e increíblemente frustrante, especialmente para él, serpiente emplumada, creado para ser libre. El hombre decidió mantener un calendario con la fecha del final de las obras, y cada día que pasaba marcaba una cruz roja hasta llegar al día final.

Era el día de la apertura de las obras, a las tres de la mañana, y lo único que quería hacer era estrenar esos malditos puentes y vías a doscientos por hora con su carcacha. No pudo dormir en toda la noche por la anticipación. Probablemente se estaba volviendo loco por estar atrapado en el tráfico por tanto tiempo. Rápidamente se montó en su auto y manejó sin parar. Por fin era libre, era él mismo y recordaba los viejos tiempos. La carrera tal, en el lugar tal, donde ganó tal. Todo le regresaba a la memoria y era muy claro. Por un momento hasta pensó que se habría curado de su situación y pronto podría volver al negocio. Sí, se veía de nuevo en la oficina del jefe montando su viejo auto de carreras.

Pero, Ehecatl tenía dos defectos muy graves. Primero, estaba mal informado y no le interesaba la política ni la información propagada por los medios. Segundo, no le lograba entrar en la cabeza que en el Distrito Federal todo se hacía a paso de tortuga, y que si le decían el veinte de abril, realmente era el cuatro de agosto. Al llegar al final del último puente, empezó a notar algo extraño. Una notable presencia de conos naranjas y amarillos por todos lados, que por el cansancio no logró procesar en su cabeza. La carcacha, con Ehecatl adentro, salió como un cohete del puente inconcluso, cayendo a cien metros abajo y acabando con Ehecatl y sus tragedias cotidianas.

1 En náhuatl, ehécatl significa simplemente viento. En la mitología azteca y para otras culturas de Mesoamérica, Ehécatl era el dios del viento. Usualmente se le interpreta como una de las manifestaciones de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, tomando el nombre de Ehécatl-Quetzalcoatl, representando el aspecto tenebroso de este dios. Es uno de los dioses principales de la creación y héroe cultural en las mitologías de creación del mundo. (wikipedia)

tendré que dejar su cama

danny lascano

Veo. Paulatinamente, me acerco y miro hacia el negro precipicio que luce una vaga imagen de algo parecido. Es una figura empequeñecida de algo (o alguien) bien, bien familiar. ¿Quizás es un perro, tal vez una estatua? No. Me lo he imaginado. Es una áspera imagen de mi humanidad. La mirada que luzco es desconsoladora. No deseo verla más. Me evoca tantas cosas que no quiero recordar. Un sentimiento de inutilidad. Lo bueno es que esta imagen se desvanece en los párpados, en ese mar oscuro de la incertidumbre que apacigua, y se acerca al baúl del olvido.

Me alejo de esa imagen, y con este alejamiento se moldea una figura más completa. Esta imagen es distinta aunque se parece a la anterior. Toma la figura de alguien majestuosa y elegante. Somnábulamente parto de este núcleo sombrío y me voy hacia la periferia. El piso se deshace y se convierte en una tabla de ajedrez rara, de forma ovular y concéntrica en vez de los varios cuadraditos simétricos y alternantes. Es un mundo diferente donde todo lo que era blanco se asemeja al negro y lo negro se desliza de blanco. Ahora tendré una idea de lo que es jugar al ajedrez en círculos concéntricos. Bueno, ni me importa de verdad ya que este juego carecería de intriga si no hubiera nadie con quien jugar. Imagínate lo que sería un juego de ir y venir de los peones o un jaque y mate para siempre...

Salgo de este ajedrez (que en retrospectiva no se parecía nada a una plataforma de ajedrez). ¡Qué raro era el color! Al verlo más detenidamente, veo que es de varios tonos de blanco y negro con rasgos de rojo que rompen la blanqueante y redonda simetría. Todo esto me parece tan artificial. Y sin embargo, es tan estéticamente agradable. Pero sé muy bien que pronto todo se desvanecerá ya que el mundo que atravieso es simplemente un mundo inexistente, un mundo lleno de los quizases, hubieses, y nuncajamases, todos imaginados. En el recuerdo tal vez quedará algo de estos intersticios enigmáticos.

De pronto camino fuera de aquí y empiezo a entender dónde estoy y de pronto se transforma todo en un pedregoso espacio. Esta construcción simétrica se me sigue pareciendo a algo familiar aunque no quiero que sea esto lo que pienso. Me acerco al centro ahora fijando la mirada hacia el otro lado. Hallo frente a mí el rocío atado a su destino de permanecer siempre unido a este pasto opaco. Sin embargo, el rocío y el pasto negro se separaron poco después. El rocío cayó hacia la tierra, dejando un filamento negro. Oscureció rápidamente y se escapó la luz primaveral de la juventud al anochecer. Me recuerda la tristeza, el dolor o la angustia. Será...

Me fijo ahora netamente en lo que se convierte en la línea ecuatorial. Camino hacia un lado y después al otro, analizando minuciosamente mis alrededores como si fuera un topógrafo. Decido anotar todas mis observaciones en un mapa mental. Concluyo que los dos lados de este mapa (o mejor dicho los dos lados de esta línea ecuatorial) que estoy construyendo son simétricos. Finalmente, decido colgarme de la parra singular que me desafía a explorar la selva tenebrosa hasta llegar allá, donde veo el cerro.

Bajo al sur, pasando por las viñas y ahora subo la cuesta. Una jungla de hilos negros como árboles me reta a acercarme a ella en ambos lados. Mi mapa predecía que ellos me llevarían de nuevo hacia donde estuve. Pronto caigo en un declive hacia un valle hondo y tenebroso. Lo terrible es que al dejarte guiar por mapas premeditados nunca se revela todo. Al salir de allí piso otra tierra. Es tan diferente que ahora toma un color canela.

Subo la cuesta de nuevo para regresar donde estuve (no puedo salir de aquí).

Decido caminar de nuevo hacia el sur en plena línea ecuatorial (si existe). Ignoro el norte ya que me parece muy oscuro y no quiero cruzar otra jungla tan parecida a la que había visto. Desde aquí veo claramente los valles y los altozanos que aún no alcanzo a tocar pero que me han dejado sin palabras. Esto es mucho más interesante de lo que veo hacia el norte. ¿Ves las montañas? Qué hermosas montañas, ¿no? (¿montañas?).

Camino hacia el sur, bueno, hacia lo que creo que es el sur ya que tampoco estoy tan seguro (ni tampoco el este u oeste pero me da igual). Sé que encontraré algo interesante. Bueno, tal vez no, pero la travesía vale más y tengo que salir de este crepúsculo mareante que nace en el punto lateral y se alza al norte. El crepúsculo que me forzó a olvidar los amaneceres tan refrescantes que actuaron inocentemente sobre esas noches. Noches que fermentaban el sudor de pasiones ardientes y paredes que callan por no gritar la verdad al ser testigos, testigos porque están resignados a ser simples testigos y nada más.

Pero ni modo, la tristeza y la melancolía quizás son parte del verdadero sur que acabo de hallar (que aún no me da la gana de descifrar). Esto me va a llevar a la locura, maldita sea (claro, si es que ya no lo estoy...).

Miro, me rindo y me tiro hacia el precipicio que se abre debajo de mí. Un hoyo me traga, me mastica, me despedaza y me come, me calienta y me ahoga. Pero lo hace tan amorosamente...

Despierto. Miro hacia el espejo y la veo de reojo a ella, despierta. Muevo mi cara hacia su lado. Analizo las colinas que confundí por piernas, analizo las montañas simétricas que formaban parte del busto, analizo el rocío que eran lágrimas. Me susurra algo en una voz angelical pero innegablemente hay algo distante. Suelta un aullido temeroso. Sus ojos me invitan a su mundo y se unen a los míos pero me molesta algo de su mano izquierda, la luz que rebotaba de ese anillo. Entendí esos sonidos aunque carecían de lenguaje. Me siento en su mundo y capto la verdad en sus ojos. Siempre estaré a su disposición. Me doy la vuelta al otro lado, resignado a mi destino de peón. Regreso a dormir y trato de evitar navegar su cuerpo de nuevo. Pronto me tendré que ir. No la volveré a ver quizás por unos días. Aunque a veces se tornan en semanas o meses. No sé si se transfigurarán en años. O talvez nunca la vuelva a ver. Y dolorosamente me tendrá que dar igual.

tragedias cotidianas

adriana popa

Mi madre decía que hay que vivir cada día como si fuera la primera y la última vez. Y muchos años antes de poder comprender sus palabras, corría yo detrás de las mariposas para ponerlas en mi insectarium. Un día, mi madre me tomó la mano y, abriéndola, miró la mariposa que dormía casi muerta adentro. "Suéltala, cariño mío, porque la mariposa sólo tiene un día por vivir..."

.....

Alejandro pasaba cada día por la misma calle, al regresar de la Universidad. La Avenida del Tiempo, con sus piedras blancas y hermosas casas con flores en las ventanas, parecía tragar a los pasantes solitarios en su mar de luz. Por la mañana el sol corría hacia arriba, hacia San Pedro, poniendo coronas de oro sobre la frente del antiguo castillo moro. Y por la tarde, cuando el sol miraba hacia atrás, una luz tierna se lanzaba sobre el pueblo. Esa luz olía siempre a tila y miel...O quizás era sólo el viento, volando desde los campos malagueños...

La calle guardaba el eco de sus pasos mucho tiempo después de que Alejandro hubiera pasado. Por la mayor parte del camino andaba muy rápido, con sus libros en las manos y en su mente mezclando palabras de Neruda con ecuaciones y sonidos. Pero cerca del pequeño taller de muñecas, sus pasos cesaban de batir el suelo y Alejandro caminaba lento, escuchando. Desde lejos, corría por una ventana abierta una música divina. Y Alejandro caminaba, como hipnotizado, hasta debajo de esa ventana, donde se apoyaba en el muro y cerraba los ojos. Y al quedarse así, con los libros sobre el pecho y las manos cruzadas, pasaban las horas. Perdido en un mundo sin sombras, en un sueño radiante y perfumado, Alejandro parecía dormido por la eternidad. Pasaba gente, niños corriendo con juguetes en la mano, abuelos y abuelas y mujeres con sombreros como aves de presa, que se paraban por unos minutos, sonriendo al oír la música, y se iban hacia arriba. Pero Alejandro seguía allí, debajo de la ventana, hasta que el gran reloj del pueblo daba la hora de la cena y el sol sobre el castillo se empeñaba en quedarse sobre sus ojos cerrados. Entonces Alejandro tomaba su cartera y caminaba lentamente en la calle, dejando la casa perderse en la luz, pero esforzándose en oír la música lo más que podía.

Nunca le habían preguntado por qué tardaba tanto después de las clases, por qué se quedaba mirando fantasmas invisibles en el horizonte, por qué olvidaba sus llaves y por qué podía dibujar de memoria esa parte de la ciudad como si estuviera gravada en su alma... Si lo hubieran hecho, Alejandro se habría quedado mudo, sin poder explicar que allí había una magia extraña, que la Avenida del Tiempo había dejado de ser sólo un espacio hace mucho, mucho tiempo y se había convertido en un estado de ánimo...

Cada día, desde el momento en que escuchó esa poesía en notas musicales por primera vez, Alejandro pasaba horas y horas debajo de esa ventana, soñando y viviendo con cada temblor de las teclas. Le parecía extraño imaginar a un ser humano sentado en el piano y tal vez por miedo a descubrir un ángel, jamás había llamado a la puerta o preguntado por el músico. Era feliz sólo con poder vivir, cada día, por la música y por esa magia que lo hacía soñar. Es extraño como a veces tenemos miedo de pedir más, por miedo a perder lo que ya tenemos. Así paso un año entero, o quizás más... ¿Quién los cuenta? Su mente perdida en un mar de colores, como si estuviera tomado, sentía ese sonido como la

única respuesta, la única escapada, la más absoluta felicidad.

Un día, caminando hacia el castillo, Alejandro se sintió mareado...La música que aún sonaba en sus orejas le daba una sensación de debilidad, a la cual se sometía voluntariamente, como si cada célula de su cuerpo existiera para sentir la música y cada fibra de su alma, para vibrar con ella. Lo despertó un brusco encuentro con un par de cajas. “¿Por qué no miras por donde andas?”, preguntó una voz. “¡Perdón! Perdón, aquí están...” respondió Alejandro, cogiendo las cajas sin atención. “Déjalo, ¿no ves que está enamorado?”

.....

Las palabras sonaban aún en su cabeza cuando cerró la puerta de su casa y esa noche, acostado en su cama, despertó en él un deseo irresistible de conocer a la persona que tocaba el piano. Cada día dudaba si entrar o quedarse en la calle. Tenía tantas preguntas y posibilidades en su cabeza que no le dejaban decidirse; sólo llegó a golpear la puerta y huir al escuchar unos pasos en la escalera. Y los días pasaron... Las poesías de sus libros le habían hecho soñar con el amor, pero lo único que amaba era la música. Sin poder amarla verdaderamente, sin poder tenerla en sus brazos y besar su piel. Pero sus sueños de amor parecían mentiras. Y sin llorar, continuaba caminando cada día hacia arriba, en la Avenida, para disfrutar al mismo tiempo del dolor y del éxtasis bajo la ventana abierta.

Un día, al llegar, lo sorprendió el silencio de la calle. Ni el viento en las hojas, ni los pasos sobre las piedras, ni los gritos, ni los alientos... No había ningún movimiento en ninguna dirección. De pronto, su corazón latió en su pecho de una manera rara y empezó a correr hacia el taller de muñecas. Debajo de la ventana, unas personas hablaban en voz baja y antes de poder entender sus palabras, Alejandro las vio entrar en la casa. Miró hacia arriba, a su alrededor, faltaba algo pero no podía darse cuenta de lo que era. Desde el otro lado de la calle lo miraban unos tristes ojos de plástico negro. ¿Por qué no había visto antes esa vitrina? Adentro del taller, las muñecas pequeñas colgadas esperaban en silencio. La visión le pareció macabra a Alejandro y de repente se sintió solo. Su corazón pesado y helado le dio la respuesta: ningún sonido rompía el silencio de la calle. Miró hacia arriba otra vez, pero la ventana abierta parecía un dibujo de un libro de caricaturas. Una pareja salió de la casa y Alejandro pudo ver lágrimas en la mejilla de la mujer en el instante en que ella lo miró sin verlo. Algo en su pecho le dolía y sintió que se había transformado en una estatua. Las muñecas del taller continuaban mirándolo con una mezcla de rencor, miedo y pena. Tal vez había algo en el aire, o tal vez estaba fatigado. Volteó la cabeza para no verlas, pero sentía sus miradas como una nube sobre sus hombros. Y no entendía nada.

Cuando las miró de nuevo, dio un paso atrás. Algo espantoso brillaba en esos ojos de plástico negro, como una sentencia, como una acusación, algo categórico e ineludible, y Alejandro bajó por la escalera y salió corriendo por la puerta abierta de la casa. Todo estaba oscuro y calmado, y sus pasos lo llevaban siempre más adentro. La gente en el pasillo lloraba o hablaba en voz baja. “Pobrecita, tan joven...”, “un talento desperdiciado”, “sus padres, ¡qué tragedia!”, “decidieron guardar el piano”. Su corazón latía más fuerte con cada paso. Al fin, una puerta se abrió ante él y allí, en el cuarto lleno de flores, vio durmiendo la más encantadora aparición que se pudo haber imaginado: una niña morena descansaba en medio de rosas y claveles blancos. Al acercarse, Alejandro miró su cara que le pareció lo más dulce que había visto en su vida. Las pestañas de ébano dormían en paz sobre las mejillas pálidas, como mariposas y Alejandro miró los pequeños labios rojos como gemas sobre una almohada de nieve... Y en aquel momento supo que lo que le dolía era la promesa de lo que podría haber sido, pero nunca iba a ser. Era ella, entonces, era ella el ángel, ella el sueño, ella la luz de la Avenida del Tiempo. Lo sabía sin haberlo sabido jamás. Cuando una mano le tocó el hombro, sintió un gusto húmedo, de sal y dolor en su boca.

. “¿Tu amiga?” - “Mi...mi...” El aire guardaba una sensación casi imperceptible, el sonido de la repuesta que nunca vino. Y cómo podía tenerla, si ella nunca había sido nada suyo. Y Alejandro entendió que eso era lo que le dolía.

Al regresar a casa, sus pasos pesaban como piedras. Caminaba con los ojos cerrados, al sentir el calor del sol que se ponía detrás de las colinas, pero aunque Alejandro no quería ver la luz, la sentía abrazándolo con su aliento de tila y miel. Y sabía que no era el viento volando desde los campos lo que sentía, sino que era ella. “¿Cómo puede doler tanto algo que nunca fue?” - “Tam!” El viejo reloj del pueblo lo hizo parar. “Tam”, “Tam”...con cada campanada, sangraba su corazón más y más. Era demasiado tarde, si sólo pudiera... si sólo...

.....

Años después, se veía un hombre con pelo blanco paseando de arriba a abajo por la calle, parándose siempre debajo de una ventana con rosas y claveles blancos. La gente contaba que había sido la historia de un amor trágico, de duelos y promesas, de escándalos, o de guerras y días históricos. Sus vidas diarias habían sido como parte de la ciudad, como acostumbraban a ser todas las tragedias cotidianas. Pero nunca nadie sabría que lo trágico de aquella historia no era lo que había sido, sino lo que podría haber sido y nunca fue... Y que el pasado duele más no cuando es la sombra del futuro, sino su luz.

.....

--¿Mamá, por qué no debo matarla?

--Porque te va a enseñar a vivir.

--Pero mira, se está yendo hacia esa flor... y allí la va a comer la araña.

--Esa es la lección de la mariposa. No puede dudar nunca.

--¿Por qué no?

--Porque cuando sólo vives un día, cada vuelo puede ser la última oportunidad...

ii. poesía

ñ

chocolate

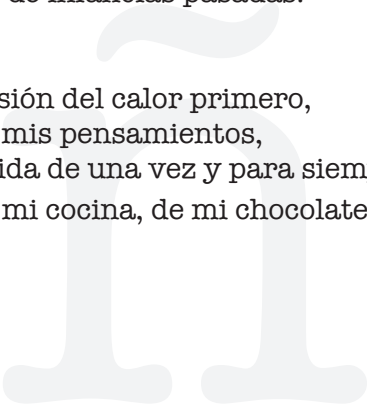
verónica barahona

Bulles dentro de mí cual chocolate caliente,
dulce, sabor de nuestros ancestros,
de sutil olor a cacao y miel,
pero a la vez el olor fuerte de tus sensualidades.

Y te siento, tibio, cálido, en mi piel,
y en mis secretas interioridades,
lamiendo mis ideas, mis pensamientos,
que en mis poros se encuentran.

Sí, como el chocolate que al beber causa placer,
y te hace llegar al éxtasis del delirio,
tus sentidos se agudizan y quieres que no termine,
el chocolate de mil amaneceres de infancias pasadas.

Me marcas como el chocolate,
con tu suavidad, pero con la pasión del calor primero,
y recorres mi cuerpo, mi alma, mis pensamientos,
como queriendo entrar en mi vida de una vez y para siempre,
para no volver a salir jamás de mi cocina, de mi chocolate...



primavera

sara mata

Que venga la primavera,
que retumbe mi corazón,
que venga la primavera,
quiero cantar mi canción.

Que me halle lozana y fresca...
con los cabellos al sol...
con júbilo en la mirada
y loca de ilusión.

Que trinen los pájaros,
que repitan su canción,
que suene la pandereta,
que bailen todos al son.

Que venga la primavera,
en el atardecer,
que mi boca aún espera
y mis ojos también.

Que venga la primavera,
que arrebate mi candor,
que mi cuerpo sea guitarra
y mi pecho canción,
que sus manos se deslicen,
suaves... sin temor.

Que venga la primavera,
que venga el amor...



después de esperar

edgar lara

Después de esperar lo que no vendrá:
la carta nunca escrita,
el beso nunca sentido,
el clímax nunca alcanzado,
culmino la historia de fantasías.

Caigo en cuenta que el cielo
sigue habitado por las nubes,
que el invierno viene en mayo,
a veces en abril,
que el río sigue contaminado
mucho más que la última vez,
que la esperanza sigue siendo verde,
que mi gato negro y blanco es azul.

ñ

derrota consumida

danny lascano

En ti encuentro
el fugaz vendaval de terremotos y sismos
que perdurarán tras esa tormenta apasionada
enrollados en el calor de un amanecer
en donde te persigo nuevamente:
en los sueños, en las ideas,
en esos brevemente infinitos espacios
de tus inimaginables primaveras
y mis pocos soportables inviernos.

Tranquilamente me hubiese complacido
poder verme en tu inmensa interioridad
reflejarme en tus ojos, acostarme en el nido
de la vida, camino a la eternidad.

Crepúsculo, tú que me escondes el mundo en
un breve susurro, un cerrar de ojos.
Evocas la intensidad con que abría
las ventanas de tu predilecta alma.

Todo llega a su final, es cierto
en donde sangre derramada
vestía ese blanqueante cielo
y gotas caían lentamente
arriba, desafiando gravedad,
cronopios vomitaban su ausencia,
duendes destruían sus tesoros,
balas perniciosas me cruzaban
cargadas de vacía omisión.

Amargo rubí enroscado en mi herida
se escapan de las azules brechas profundas
que alberga el frío abismo.
Solo y náufrago,
navega hacia la orilla con inercia.
Con maldita, pura inercia y nada más.
El vacío empuja, el vacante espacio castiga:
sin caminar, sin ver, sin respirar.

Sin embargo, otras. Sí, otras
han ocupado ese espacio
y he gozado.
Pero no borran

los rasgos de la derrota
las huellas, el dolor
de esa guerra perdida.
Ni con una ni con mil victorias.
Ni con ella ni con las otras.
Solamente tú.

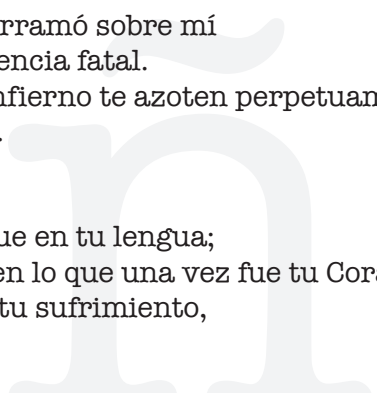
Me consuela que el tiempo te ha de borrar,
pero hasta entonces te llevaré calzado
intentando disimular indiferencia
en el largo caminar hacia el olvido:
tuyo y mío.

ñ

sin título

andrea cornejo

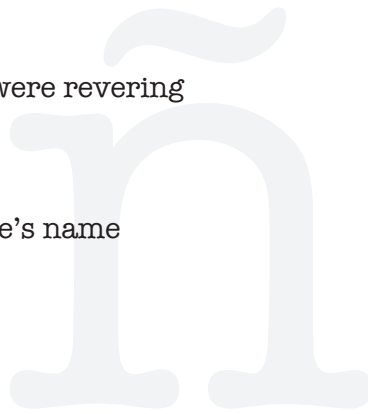
Miserable pedazo de basura,
cómo te repugno.
Tu voz es un ácido podrido en mi oído:
tu rostro la luz negra de un demonio carmín.
Viene sobre mí tu aliento de muerte podrida,
y al sentir tu mano acariciar mi piel
me derrito a causa del veneno en tu toque,
dejando a vista libre mis entrañas,
ya destrozadas por tu ser,
a no más que un paso de tu maldición eterna.
Así como el fervor con el cual una madre se aferra a su hijo;
así como la pasión de una mujer enloquece,
así, con ese prolífero sentimiento, te maldigo.
Maldigo el día en que te vi;
maldigo el momento en que se derramó sobre mí
esa agridulce miel que es tu presencia fatal.
Que las llamas del inconcebible infierno te azoten perpetuamente,
sin tú recibir el don de la muerte.
Pues no mereces tal salvación.
No.
Que el dolor se derrita y solidifique en tu lengua;
que la serpiente venenosa reine en lo que una vez fue tu Corazón;
y que yo tuerza mi mirada hacia tu sufrimiento,
la causa de mi renacer,
por los siglos de los siglos.



el ícono

robin myers

Santa Frida, madre nuestra
que estás en la puerta,
stencil saint, spraypaint sister
with your fierce eyes and fiercer
brows, azucenas jotted in your hair,
skirt a slash of flowers near
the curb, quick hands quickly sketched
by some young and fervent devotee—
Frida, Frida, hágase tu voluntad,
inflict your color, color all
the houses blue and fill the sky
with all the moons of all your colors.
Aerosol diosa, forgive the soot
but not the whitewash,
déjanos caer en la tentación
of this irreverence we must do
to all the walls we thought we were revering
by not touching them.
Santa Frida, touch and color,
touch and suffer en el cielo
como en la tierra, stencil no one's name
on all this color, amén.



Quiero jugar contigo los juegos más eróticos,
jugando quiero perder
el bosque virgen de mi ardiente pubis
que busca ser profanado.

Quiero que toques mis tobillos,
que asciendas poco a poco por las montañas de mis piernas,
y una vez conquistada la cumbre en mis rodillas,
ansíes bajar de ellas
para llegar al bosque virgen que te prometí,
y estando allí:

Profana mi bosque,
enciende una hoguera
que cruce caudales de pasión,
que avive la llama del amor.

Mi arboleda que reverdece con la cercanía,
cuando al infinito me llevas,
cuando cesa la turbulencia.

Sal del laberinto,
que tu mano palpe mis planicies,
que te embruje el fuego que devora.

En la ansiedad de mis colinas piérdete,
que aunque arden de pasión no eructan fuego,
sólo colinas que amantan a un goloso niño.
Que mi cuello sea el puente
que te lleve a beber sorbo a sorbo
el mar de mi lengua,
y hablar el idioma del amor,
fruta de mis labios.

Jugamos y fuimos felices.
No dejes de jugar en el campo de mi cuerpo,
quiero jugar los juegos más eróticos contigo,
y jugando quiero perder
el bosque virgen de mi ardiente pubis
que busca ser profanado...

ejemplar patriarcado

edgar lara

Ejemplar patriarcado,
que me enseñó que a los 15,
o si es posible antes,
tenía que acostarme con prostitutas.

Que me enseñó que los hombres no lloran
pero sí, cuando se está borracho;
entonces, para el patriarcado,
hombre que llora estando consciente
no es hombre, es un marica;
hombre que llora borracho es un verdadero hombre.

Ejemplar patriarcado,
que cosificas a la mujer como cualquier mercancía
que se vende, se compra y se deshecha.

Que nos enseñas a ser tolerantes
de la explotación sexual,
¿cuántas veces he caído en tu juego?

Donde la virginidad y la fidelidad
son exclusividad de la mujer y no de los hombres
y para el dominio del hombre sobre la mujer.
Hombre virgen y fiel, no es hombre.
Mujer virgen y fiel, ícono de mujer.

Ejemplar patriarcado,
androcéntrico, homofóbico, misógino,
sos una mierda...

iii. prosa

ñ

La vida en el sopor de un domingo por la mañana. No se atrevía a mirarla por miedo de que las palabras no lo despertaran de esa terrible pesadilla. Un paso más cerca del final. Se encontraron ahí, frente a su partida. Mientras el tren aguardaba, en su mente se preguntaba si la volvería a ver. Se acercó a él, lo miró a los ojos. Un abrazo. Sin decir nada montó. Se quedó paralizado, pensando en todo lo que podría haber sido, todo lo que debía haber sido...

La vereda rodeada de cerezos en plena primavera. Mantenían la marcha, cada quien a su costado del camino, cada quien ensimismado en el otro. Un paso más hacia el vacío. Se encontraron ahí, frente a su partida. El tren esperaba. Se acercó a él, lo miró a los ojos y se abrazaron. Buscando las palabras para explicar el universo, sólo alcanzó a susurrarle una última súplica. Quédate. Se congeló frente a él, titubeando. Lo miró con ternura y simplemente subió a aquella máquina que la apartaría de él para siempre...

Cruzaban el puente sobre aquel lago artificial. Su mundo reduciéndose a cada paso. La sentía ahí, a su lado, con su noche eterna y ese azul cuyo fulgor se apagaba. Alcanzando las vías se dispusieron a despedirse. La miró eternamente mientras se acercaba. Se estrecharon ante el futuro. Su vida alejándose. No. Perdiendo control sobre su mano, tomó la de ella delicadamente. El tiempo contuvo su respiración. Por fin los vio, aquellos ojos hipnotizantes. La atrajo hacia él y la tomó entre sus brazos. Sin saberlo, toda su vida por ese momento...

Ya faltaba poco, aquellas ilusiones rosadas se habían quedado atrás. Cruzaron juntos la calle mientras los destellos resquebraban la neblina. Llegaron a la estación y descendieron al andén anunciado. No podía mantenerse ahí. Lo siento. Se acercó hacia ella, la tomo entre sus brazos y se estrecharon. Ella se mantuvo ahí, congelada, mientras él subía las escaleras que lo borrarían de su vida. Después de despertar, se dio la vuelta, se acercó y montó. Se posó a un costado de una ventana y esperó a que aquel monstruo de acero se la llevara a su siguiente vida. Disculpe, ¿está ocupado este asiento? Mientras las ruedas empezaron a girar, volteó y se encontró con aquella sonrisa...

Su tren partiría pronto. Una banca. Continuaron esperando ese final inevitable en silencio, ella con los ojos atentos a las vías, él en la imagen de su rostro. Había llegado la hora, no podían retrasarlo más. Se levantaron y se acercaron. Ella levantó sus ojos y por fin sus miradas se unieron. Sus labios trémulos sólo pudieron abrirse lo suficiente para susurrar su mundo en una palabra. Adiós. Se abrazaron, sus manos temblaban al no comprender la razón por la cual tendrían que partir. Se separaron y de repente una mirada juguetona, una sonrisa casi imperceptible. Caminó hacia su lado y lo tomó de la mano. Juntos vieron rodar su fin...

Se mantuvo ahí, mirando el recuerdo del tren, sujetando el espacio en el que el aire aguardaba su mano.

reflexión

sara mata

La reflexión que asalta mi cabeza estos días la comparto con muchas mujeres alrededor del mundo...

La forma en que somos vistas nos marca, nos mutila, nos quita derechos, nos limita... nos ensucia, nos perturba, nos mete dentro de una cerca, de un muro inmenso... nos ciega, nos aterra...

Somos “las culpables” o “las responsables” de muchos errores, de muchas situaciones.... Estamos atadas, estamos condenadas a esperar, a callar... a tener paciencia, a renunciar... nuestro color de piel es muy “fuerte” o muy “pálido”... nuestro cuerpo, “defectuoso” o “anormal”...

Nuestras voces han callado, han cesado... sólo el llanto silencioso ha quedado... nuestros cuerpos son estandartes, por el cual seremos juzgadas o condenadas, amadas o vanagloriadas... nuestra astucia es ligereza o liviandad,... nuestra quietud, pereza... nuestro miedo, desdén... nuestra pasión, injuria... nuestra fe, exageración...

Dejemos los grilletes que nos atan, mujeres de todas las latitudes y de todos los matices... dejemos los grilletes que nos atan... abramos los ojos, la mente y el corazón... ahoguemos el miedo que nos amenaza.... Convirtámonos en las escultoras de nuestra propia paz, autonomía y realidad...

Porque mientras vivamos atadas... atado tendremos el corazón, mutiladas las alas y anclados los pies... Desnudemos nuestro cuerpo de los prejuicios que se aferran a la piel y quitémonos las vestiduras que nos atan... Limpiemos los jirones, enjuaguemos las heridas y juntas cantemos... Seamos las artesanas febriles de la libertad... de nuestra libertad...

A la mañana siguiente, el Decimero² se despertó decidido a matar a Aguilaro Fajón. Se levantó del catre magro, en silencio, recobrando a tientas sus pasos sobre el piso de tierra seca, redolente de verano. La luz sincopada del alba, azul e incipiente, se colaba por entre los tallos de cañabrava³ que separaban en orden sucesivo el espacio del caserón del resto de la vereda⁴. El Decimero se vistió sin prisa, buscó un puñado de cardamomo para mascar, y salió a buscar la mañana, que comenzaba a bosquejar con timidez el palo de mango, los taburetes, las carretas, los tiestos y los fierros viejos de trabajo apilados arbitrariamente contra el muro de un galpón. El sereno tibio de la madrugada soplaba el rostro en irregulares ires y venires. Con la vaga impavidez de quien siente que mira las cosas por última vez, el Decimero se detuvo a reconocer la escena circundante —el eco destemplado de los gallos, las otras construcciones de la vereda, los secaderos⁵, los sembradíos, la llana extensión de la planada, el monte pululante—, y se llevó un par de semillas de cardamomo a la boca. Al cabo de varios minutos, animado por una levedad ancestral que le impedía detenerse sobre la torcedura por su ayuno o por el vértigo del ron de la noche pasada, el Decimero emprendió por la senda que llevaba al pueblo.

El pueblo quedaba a tabaco y medio de camino. La senda empinaba por buena parte del trayecto, atravesando un cerro colmado de monte virgen hasta llegar a las llanuras de la sabana, que en los veranos daban paso a extensas ciénagas⁶ secas de arena y guadua⁷ crecida, surcadas por largas sucesiones de piedras bermejas, vestigios de canales y diques abandonados desde antes de la llegada de los españoles. Al llegar a la cima del cerro el Decimero alcanzó a otear, en la distancia, el reflejo conjetural de los meandros del río, sobre uno de los cuales yacía el pueblo. A este paso, pensó, estaría llegando a la orilla del río a la hora cuando los verduleros empiezan a llegar al mercado. «Aguilaro Fajón llega siempre temprano», se dijo, «y ahí mismo lo agarro yo».

El ayuno y la jornada comenzaban a calar, irrumpiendo en oleadas repentinas de sorda náusea y de sopor. En un arrebató de instinto el Decimero alzó la vista, suplicante, y notó con una nostalgia indescriptible la bóveda apenas visible de la noche, y su rotación indiferente. «Debí haber indicado con qué paseo⁸ quiero que me entierren», pensó, «con un paseo sabanero, como los de Palmarito⁹ o en Majagual¹⁰». El Decimero suspiró y prosiguió, tratando de no pensar en la muerte. Cuesta abajo el camino presentaba menor dificultad, el talón desnudo rebotando con diestra ligereza sobre la trama irregular de rocas que tapizaban la senda colonial, la tierra compacta y seca labrada tras cinco siglos de paso de hombres y carretas, que en ocasiones apenas se podía reconocer entre la maleza espesa y reclamante. Dos goleros cruzaban el cielo en formación, trazando sobre la sabana una paciente circunferencia.

Todavía no empezaba a hacer calor. El Decimero recordó el vaho febril del ron que aún impregnaba su aliento, y con él la parranda de la noche pasada. Recordó los paseos que le habían confirmado sus sospechas; recordó el oprobio y el pulso trepidante ascendiendo hasta la frente; recordó la mirada esquiva y vacilante de quienes lo rodeaban, al anunciarles bruscamente su promesa de matar a Aguilaro Fajón. El cansancio dio pie a una conjunción difusa de ira y melancolía, que crecía con cada trecho. El Decimero apretó el paso.

La senda se hacía cada vez más ancha, y el sol empezaba a sofocar. La sombra oblicua del Decimero crepitaba al pasar por las tapias polvorientas de los lotes, los talleres y los depósitos que ladeaban la entrada al pueblo. Las calles comenzaban a poblarse del rumor continuo de carretas, de mulos, de bicicletas, de embalajes y de pregones. Notó que lo reconocían, pero no se atrevían a devolverle la mirada. La lividez del aire, que se hacía cada vez más húmedo y marino con cada paso que se aproximaba a la orilla del río, anticipaba el encuentro. El Decimero reconoció las calles que llevaban al mercado; se detuvo, y supo que en ese momento iba a morir.

-Aguilardo Fajón, no volverás a meterte con mi mujer.

El Decimero ya venía abalanzándose, empujado por el súbito pulso ascendiendo por la frente, la estrechez del pecho azotando como una campana las paredes del cráneo, sacudiendo el resuello astringente del ron y la guaracha y la noche y los aires sabaneros que cantaban. El zumbido del calor reverberante lo sumía todo en una fumarada confusa de punzadas y de voces y de latidos y de vértigo. A toda carrera venían otros, rodeándolo sin comprender o sin querer comprender, sus siluetas y gritos perdiéndose como fragmentos de un espejo arrojado contra otro espejo, disgregados entre aristas de tapias y de gente y de calle y de palabras y de noche. Y entonces lo comprendieron todo, pues reconocieron en la bóveda de sus ojos el reflejo su propia cara.

Swarthmore, 20 de abril.

1 En Colombia, pugna usualmente entre dos versificadores de vallenato, un género musical autóctono de la Costa Caribe colombiana, en la que gana quien produzca mejores versos y se equivoque menos. (Wikipedia.)

2 Especie de juglar que recita versos. (RAE)

3 Gramínea silvestre muy dura, con cuyos tallos se hacen tabiques y se emplean en los tejados para sostener las tejas. (RAE)

4 En Colombia, zona rural de un municipio. (RAE)

5 Lugar dispuesto para secar natural o artificialmente ciertos frutos u otros productos, en especial tabaco. (RAE)

6 Lugar ó paraje lleno de cieno ó pantanoso. Pantano ó laguna. (RAE)

7 Especie de bambú muy grueso y alto, con púas y canutos de cerca de medio metro. (RAE)

8 Uno de los cuatro aires, ó subgéneros del vallenato, un género musical autóctono de la Costa Caribe colombiana. (Wikipedia.)

9 Población del departamento de Sucre, en la Costa Caribe colombiana, en la región de la Mojana.

10 Ibid.

“ya voy para allá”

-una crónica de la línea D-

robin myers

Hay un hombre que toca el acordeón cada mañana en la estación Olleros. Temprano—a las 8, 8:30. La gente de la línea D no le hace mucho caso. El río de trajes y tacones, de maquillaje meticuloso y cansancio habitual, sigue como siempre, un tanto desconcertantemente acompañado por las melodías insistentes de tango, de Broadway, de Bach. El hombre del acordeón mira fijamente a la gente, la que casi nunca lo mira. En lugares así, de paso, subterráneos, es fácil no escuchar lo que se oye; es casi de esperarse.

*

Nadie se mira en el subte. (Esto es mentira.) Nadie se debe mirar en el subte. (Esto es una regla no escrita ni dicha, o por lo menos una costumbre que se advierte cuando se rompe, y se rompe seguido.) Todo el mundo se mira en el subte sin admitir que se están mirando y sin tener que admitirlo. No tienes que hacer nada si miras a alguien en el subte. No sabes qué hacer cuando alguien te mira en el subte. Apartas la vista, devuelves la mirada, la ignoras, te sonríes, te bajas, te vas.

*

--¿Hola? ¿Hola? No te escucho. ¿Hola? Estoy en el Subte. ¿Jorge? ¿Hola?

--6 mil, pero no creo que gane, ¿eh?

--Y después me dice, mirá, te quiero pero no puedo seguir así, y le digo, che, de qué hablás, así cómo.

--Señores y señoras, disculpen las molestias, pero les pido nomás un momento de su atención. Mi nombre es David y tengo SIDA.

--No la defensa, la acusación. Una cagada total.

--Mamá, ¿me comprás un helado? Quiero un helado.

*

Una mujer, jovencita, quieta y sonriente, con su bebé en brazos, está sentada junto a un hombre grande, con gafas, un periódico, el celular pegado tal vez permanentemente a la mano. Tiene una cara severa y pelo en los antebrazos como un oso. No habla, sino anuncia. “Sí. Sí. No. Estoy en el subte. Ya voy para allá. Sí. Sí. Escucháme, ya voy. Bueno. Ya.” La nena de la mujer jovencita lo mira solemnemente y con curiosidad, los ojos bien abiertos tratando de interpretar a este extraño ser que muy fácilmente podría ser otra especie de criatura distinta a ella. Hace un sonido inquisitivo con la garganta. El hombre corta y se da cuenta de que hay un testigo. Se miran los dos. La mamá espera, expectante. De repente la cara del señor se ablanda. El oso ya convencido a calmarse, a retraer las uñas de su hábito, se sonríe lacónicamente y, con algo de obligación, pero sinceramente, le da a la niña una caricia en el mentón. Los ojos de la nena se agrandan, la mujer se ríe, y el hombre levanta el periódico.

*

Supuestamente no hay vendedores ambulantes en el subte—una suposición que, como la del contacto visual y la del principio conservador de mantener el espacio personal, no tiene nada que ver con su realidad. Medias, linternas, peines, gomitas, cuadernos de colorear (estos últimos son promocionados con una seriedad espantosa por un hombre de mediana edad, que explica a diario a la gente por qué vale la pena tener uno en su posesión a partir de ese preciso momento). Las transacciones son pocas; los intentos, constantes. Por lo general, un vendedor atraviesa el vagón del subte, dejando algo en las rodillas de

toda persona que lo permita. A veces los que tienen los ojos cerrados ni siquiera los abren. Otros niegan con un dedo. No. Si el subte es un lugar que es un no-lugar, estas son interacciones que son no-interacciones: mudos los vendedores, muda la gente que recibe (y no acepta, sin decir que no lo acepta) lo que se vende, rápidas las manos que distribuyen los objetos que son recogidos en menos tiempo de lo que dura el viaje de una parada a otra.

Una vez vi un niño--¿cinco años?, ¿seis?—haciendo la misma serie de gestos, pero repartiendo un beso en la mejilla en lugar de chicles o pilas o muñequitas. Se fue rápido por el vagón: beso, beso, beso. Algunas personas no reaccionaban ni se acercaban; otras sí; algunas se miraban, rompiendo el código, no sabiendo qué hacer. Ni sentir, tal vez. Algunos sí le daban monedas, quizás por la misma incertidumbre.

*

--Papá, ¿ya llegamos? ¿Ya?

--Enséñameee a viviiiiir sin tiiiiii...

--Sí, pero estaba buenísima, ¿si me entendés? Flaquita, reee linda, y bueno, a ver que pasa cuando vaya yo a...

--Tanta gente. Cada vez peor. Antes de todo el quilombo de...

--Shit, are we going the right way? I don't think we're going the right way. Text Carrie, she'll remember which side we have to...

--¿Bajás? ¿Disculpá, bajás?

*

Miro a un chico mirando a una chica que lo mira. Ella está sentada en un extremo del vagón; él, parado contra una de las puertas del lado opuesto. Han aprendido bien el ritual. Una ojeada compartida y, después, ella baja la mirada, él voltea un poco la cabeza. Luego, unos momentos de contacto cierto, los ojos cerrándose a la distancia, sin admitir la ansiedad ni pedir disculpas con el cuerpo. Esta vez es él quien rompe el dulce limbo del instante y aparta la vista. Ella se sonríe casi imperceptiblemente, alerta, poderosa. Me imagino que podrían seguir así por horas, sólo porque el subte no los obliga a hacer nada, a decir nada, a convertir el deseo leve en una intención, la que siempre es capaz de quemarnos. En una posibilidad suspendida, no hay que decepcionarse. ¿O sí? Porque la verdad es que, cuando la chica baja en Callao, moviendo el cabello de sus hombros y mirándolo por una fracción de un segundo con algo que no puedo evitar llamar ternura, el chico se ve casi triste. La casi-tristeza pesa igual que su forma madura, realizada, reconocida, permitida a vivir.

*

Una mujer va de un vagón a otro, despacio. Son las 11 de la mañana, así que se puede respirar por lo menos un poco en la línea D. La mujer está ciega. Tiene una voz increíble: aguda, fuerte, penetrante. Ha inventado casi una rima para pedir lo que está pidiendo—“¿Quién quiere colaborar? Unos centavitos, lo que pueda dar”—después de presentarse al público que la ve sin que ella lo vea. Muchos le dan, y se escucha la percusión ligera de las monedas en la lata.

Una señora, vestida elegantemente y tan pintada para parecer más joven que se ve más vieja, inclina la cabeza hacia mí. Huele insistentemente a perfume. Con la voz de conspiradora, de piedad y de desdén, me dice, “Entre los que venden y los que piden...” ¿Qué hago? ¿Qué hago? Me ruborizo con enojo y vergüenza y no digo nada.

*

Rush hour. ¿Quiénes son estas personas que tocamos sin conocerlas?—las espaldas pegadas, los codos chocándose, los mentones contra hombros forasteros, el maquillaje

manchado, la música que se escapa de los audífonos e invade el aire, el sudor, el tuyo, el de no sé quién—y ¿qué quiere decir este contacto sin hablarnos?, y ¿por qué esta firme negación de la mirada cuando estamos tan cerca que nos podríamos abrazar—y cuando en cualquier otra situación de tanta cercanía lo haríamos? El techo se vuelve fascinante, los carteles y anuncios y otras tonterías atraen los ojos de la gente rodeada de otra gente. No me mires. No te miro. A las 6 de la tarde, la intimidad de la línea D asfixia con su lejanía, a la vez deliberada e instintiva.

*

--¿Quién quiere colaborar? Unos centavitos, lo que pueda dar.
--Che, boludo, hacéme caso.
--Cómo que no te escucho, no seas ridículo, decíme.
--¿Dónde estamos? ¿Carranza?
--¿Dónde estás vos?

*

Ayer vi en la calle a un hombre que había visto tres o cuatro veces antes en el subte hacia Catedral. A lo mejor es extraño que lo reconozca, pero a mí no me parece tanto. Después de todo, lo que experimentamos con mayor claridad en el subte son las caras de los demás, aunque no se pueda acordar mucho de lo que hagan, expresen, escondan.

El hombre está dando una vuelta con su perro por Federico Lacroze, por donde vivo yo. Es alto pero no muy alto, joven pero no tan joven, con rasgos precisos y el pelo confidentemente despeinado. Lo escucho regalando unas palabras de ánimo al perrito. Lo paso y le miro directamente a la cara cuando levanta la cabeza.

Hay un momento en que quizás me reconoce, o quizás es que reconozca que lo reconozco yo. No espero ni hablo ni me sonrío, y tampoco él, aunque su expresión se mantiene abierta; el momento en que nos miramos existe y desaparece aun más rápidamente que algunos otros momentos que, de vez en cuando, se intercambian en ese otro lugar subterráneo y fugaz y constante en el cual he conocido la cara de un desconocido sin la mera intención de tratar de conocerlo. Sigo caminando. No se necesita un subte para entender que esto es lo que se hace. Cuando me paro en el semáforo y miro hacia atrás, veo que el hombre dobla a la izquierda y no lo veo más, como si bajara en Tribunales, como si por cinco minutos o para siempre. No se puede saber a esta distancia. Regreso a casa.

una literatura de la mezcla: borges, el duelo y el coraje mítico

justin difeliciantonio

En su ensayo, *Borges, un escritor en las orillas*, Beatriz Sarlo sostiene que la construcción de una literatura argentina, original y distinta de la literatura europea o estadounidense, caracteriza las propuestas del escritor rioplatense. La autora sostiene que las estructuras y los contenidos de su ficción—especialmente la fascinación de sus cuentos con el arrabal y las orillas de Buenos Aires—expresan su deseo de reinventar la tradición literaria de su país. Sin embargo, la historia de dependencia literaria y filosófica contenida en la relación de la Argentina como periferia con respecto a un centro extranjero dificulta la realización de esta visión propuesta por Borges. En otras palabras, Borges propone crear una literatura original en un contexto cultural careciente de tradiciones propias. Para resolver este problema teórico, Sarlo sostiene que Borges encuentra lo original en la mezcla entre los elementos nacionales—basados en la tradición gauchesca—y las fuentes cosmopolitas, que sitúa su literatura en “las orillas” de Buenos Aires, el arrabal mítico.

Siguiendo la propuesta crítica de Sarlo, podemos entender mejor cómo esta mezcla cabe en la concepción borgeana de la literatura, especialmente por medio del análisis del tema del duelo en *Historia universal de la infamia*, una serie de cuentos cortos publicado en 1935. En medio del mundo fantástico y violento de *Historia universal*, Borges ubica el cuento “Hombre de la esquina rosada” con el intento de reinventar el espíritu de la tradición multifacética argentina, específicamente su coraje mítico. Mientras que “Hombre de la esquina rosada” es un espacio propicio para recrear partes de la tradición argentina—basado en los personajes del cuchillero y las costumbres gauchescas—su concepto del coraje le permite a Borges mezclar sus creaciones con las fuentes extranjeras. En el cuento “El asesino desinteresado Bill Harrigan”, encontramos la “esencia” de la teoría de Sarlo: cómo Borges modifica las fuentes estadounidenses con el culto al coraje para dar forma a una literatura distinta, una literatura a la vez nacional y universal, que reside en las orillas de culturas diferentes.

La literatura borgeana y las orillas

En palabras de Sarlo, la estrategia borgeana de reinventar la tradición literaria—buscando lo original en el intercambio de ideas argentinas y exteriores—proviene de una dialéctica similar a la del personaje del propio Jorge Luis Borges.¹ En primer lugar, se sabe que la familia del escritor, por rama materna, tenía vínculos con la tradición criolla y militar del país y, por ende, con los movimientos de independencia contra España durante el siglo XIX. Por su parte, Borges estaba familiarizado con las historias, las fábulas y las tradiciones criollas y argentinas. Sabía, por ejemplo, la importancia nacional del escritor José Hernández y su poema épico *Martín Fierro*, que representa, por lo menos en la primera parte, una denuncia contra las condiciones de la vida del gaucho y una protesta frente las tendencias cosmopolitas del presidente argentino Domingo Faustino Sarmiento. Entonces, para construir y reinventar la literatura argentina, Borges preserva las tradiciones criollas del pasado antes que los movimientos inmigratorios de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Pero, al mismo tiempo que tiene conocimiento de la tradición cultural nacional, Borges también tiene lazos con Europa. En los años de la escuela secundaria, Borges y su familia

se mudaron a Suiza.ⁱⁱ Como resultado, el joven escritor estuvo expuesto a la cultura intelectual de Europa, donde se produjo su formación temprana. Según Sarlo, este aspecto juega un papel importante en la obra de Borges como la fórmula de su actividad creativa. Es el cosmopolitismo “que hace posible inventar una estrategia para la literatura argentina”, mientras que el “reordenamiento de las tradiciones culturales nacionales lo habilita para cortar, elegir y recorrer...las literaturas extranjeras” (Sarlo: 14). Es decir, el aspecto cosmopolita funciona como un sistema que relaciona la tradición gauchesca, un ejemplo de los saberes borgeanos de lo nacional, con la literatura extranjera. Pero, también, las tradiciones argentinas dan a Borges la habilidad de manipular creativamente las fuentes extranjeras. Esas dos partes, la cosmopolita y la nacional, forman una conjunción desde donde Borges se propone crear la “literatura argentina”, simultáneamente nacional y universal.ⁱⁱⁱ

Sin embargo, el espacio en el cual la tradición argentina es forjada no es un lugar de síntesis completa; en sus esfuerzos de reinventar la literatura argentina, hay choque y conflicto. La mezcla de los elementos nacionales y cosmopolitas no produce una resolución fácil. Como propone Sarlo, “[l]a ironía desalienta a quien busque fijar un sentido; pero también defrauda a quien piense que no hay sentido en absoluto” (Sarlo: 16). Es decir, una mezcla de la manera en que las civilizaciones clásicas se la imaginarían—una mezcla bella en una simetría perfecta—no pasa en Borges.^{iv} La síntesis final de sus poéticas puede ser aproximada, pero todavía está en una región ambigua. Por su parte, la literatura borgeana es una literatura que está arraigada en la paradoja. Como resultado, la ficción de Borges, en la que coloca sus “dilemas filosóficos e ideológicos”, es una ficción del mito, de los círculos, de los laberintos y el encuentro (12). En realidad, Borges escribe “en el filo de dos orillas”, entre las tradiciones nacionales y cosmopolitas, en el doble linaje en el que se formó Borges cuando era joven (13).^v

Como Borges es el escritor de la paradoja y el “fundador” de una tradición de mezcla, su presentación de Buenos Aires se centra en el arrabal, la región que está alrededor de la ciudad, “entre la llanura y las primeras casas”. En esa zona es que se puede localizar esa región incierta, que aunque no tenga un referente topográfico real, aún posee algún sentido de existencia. No es la ciudad ni es el campo, está en ese borde indeciso en que asoman los confines de ambos; y a veces es más uno que el otro. Es ese preciso lugar donde las últimas casas de la ciudad se solapan con la tierra de una espacialidad rural. El arrabal, sin embargo, es más que su geografía. Es un símbolo del espacio literario creativo, un espacio que le permite a Borges empezar a recrear un pasado cultural en el contexto de la periferia, que crea una literatura nueva.

En *Fervor de Buenos Aires*, un libro de poesía publicado por Borges en 1923, se encuentra “Arrabal”, un poema que ilumina muchas de las ideas de Sarlo, especialmente el concepto de las orillas como un espacio literario creativo. *Fervor de Buenos Aires* está vinculado con los movimientos de vanguardia, que marcaron la producción de ciertos escritores latinoamericanos durante principios del siglo XX. Como consecuencia, la poesía de Borges se caracteriza por una estructura de métrica libre. El contenido de los versos, sin embargo, es otra historia. Mientras que los nueve versos finales reaccionan fuertemente contra el proceso de la modernización de Buenos Aires, los primeros catorce versos pintan una idea muy específica sobre el encuentro entre las casas de la ciudad y el campo. Es decir, esos mismos versos muestran la manera como las últimas casas urbanas se adentran en el campo para crear el “mundo literario” de Borges. El arrabal es, por lo tanto, como una resolución para la literatura argentina en las orillas. Borges empieza con una descripción de sus observaciones cuando camina en los límites de la ciudad:

Mis pasos claudicaron
cuando iban a pisar el horizonte
y quedé entre las casas,
miedosas y humilladas,
encarceladas en manzanas
diferentes e iguales
como si fueran todas ellas
recuerdos superpuestos, barajados
de una sola manzana (versos 3-11, 35).

Como el caminante, se acerca al “horizonte”, un rasgo del campo que es visible por la distancia entre Borges y el centro de la ciudad (v. 4). Sin embargo, Borges no está completamente rodeado de las pampas; también hay casas, de condiciones precarias, “encarceladas en manzanas”, los bloques que forman la organización de las calles y los edificios en Buenos Aires. El hecho de que las casas parezcan “una sola manzana” obedece a que esos bloques son de las mismas dimensiones. Borges remarca la tensión inicial entre el ambiente urbano y la vida rural del campo. En los versos siguientes, Borges sigue jugando con esta tensión, al punto que empieza a mezclar los dos elementos:

El pastito precario
desesperadamente esperanzado
salpicaba las piedras de la calle (v. 12-14, 35).

Desde el campo, el pasto se atreve a encontrarse con la calle de la ciudad. Cuando el césped y la calle se encuentran, sin embargo, el pasto es “precario”, es algo que “salpicaba las piedras” que se adhieren para formar las calles. Esta mezcla, en un estado inseguro y frágil, es una imagen que utiliza para describir la misma mezcla que caracteriza la literatura borgeana. Esta literatura no es solamente la vida cosmopolita de Buenos Aires, influenciada por su arquitectura francesa y por su estilo de vida extranjera e inmigratoria, ni está totalmente arraigada en la poesía criolla y literatura gauchesca. El lugar del arrabal es una metáfora para una literatura que existe en las orillas, en el encuentro de caminos.^{vi} Entonces, el espacio literario creativo en el arrabal le permite a Borges empezar a recrear un pasado cultural en el contexto de la periferia y crear una literatura nueva.

Las tradiciones argentinas y el duelo: “Hombre de la esquina rosada”

Según Sarlo, los barrios en las orillas de la ciudad acogen diferentes tipos de sujetos, que simbolizan ciertas zonas de la tradición argentina. Como las características notorias de esa topografía, estos sujetos forman parte del espacio imaginario literario de Borges. Además del orillero—que trabaja en el matadero, o en el frigorífico, y conserva aspectos de la tradición criolla rural—también está el compadrito, un personaje que carece del valor épico y romántico del origen criollo del orilleo.^{vii} El compadrito es una figura “vistosa”, que trata de imitar la elegancia del orillero. Pero, aunque el compadrito viva en una región similar a la del orillero, no puede copiar sus modos pre-inmigratorios; está atraído por la lucha, entendida ésta como el deseo de mostrarle al rival que él es el más valiente. Así, esta concepción borgeana del compadrito y la lucha también surge del espacio creativo del arrabal, las orillas de la ciudad y el campo argentino.

En el cuento “Hombre de la esquina rosada”, el autor usa el mundo literario de las orillas como una manera de buscar tradiciones propias de la Argentina. Al buscar en el valor masculino de la región—arraigado en las tradiciones gauchescas—Borges crea la idea de un coraje mítico, colocándola antes de la irrupción de la ciudad. En las tramas de sus cuentos, el coraje se manifiesta fundamentalmente en el duelo, la danza de muerte entre dos hombres. Sin embargo, la concepción de duelo, y por tanto, su idea del coraje no están

basadas en una acepción contemporánea, que presenta a hombres que pelean por causas nacionales o por ideas abstractas como la justicia. Por el contrario, es una concepción antigua de lucha, una lucha que empieza con el desafío y termina con la aceptación del reto por el otro. La motivación de los compadritos—los habitantes de las “orillas” que participan en este ritual—es la pelea en sí misma, que representa un enfrentamiento necesario para decidir simplemente, pero con orgullo, quién es el más valiente. En la primera parte de “Hombre de la esquina rosada”, Borges inmediatamente nos presenta al hombre más valeroso del cuento, que va a expresar su idea del coraje mítico: el narrador.

Aunque, a primera vista, el narrador se parece a cualquier relator de ficción, nos damos cuenta de que Borges emplea un estilo muy distinto para contar su historia. Por un lado, el narrador actúa como una voz omnisciente, que sabe todo de lo que pasa entre Francisco Real y Rosendo Juárez. A partir de su propio saber y del saber que obtiene de los relatos de otras personas, el narrador tiene un entendimiento amplio de los eventos. Además, el narrador nos cuenta la historia a nosotros—y, a Borges—como si fuéramos los amigos de él.^{viii} Como resultado, se refiere a lugares muy específicos de Buenos Aires y también a las frases que se incorporan al lunfardo.

Es decir, que gracias a este papel omnipresente del narrador que nos enteramos de los elementos fundamentales del cuento. Leemos, así, sobre la reputación de Rosendo Juárez, el más guapo, aquél que “era de los que pisaban más fuerte por Villa Santa Rita”, un barrio del sur (Borges: 389). El narrador también nos cuenta las dinámicas entre la gente en la milonga y Rosendo, que los jóvenes del barrio tratan de copiar los movimientos de Rosendo y desean tener a La Lujanera, esa mujer tan bella que le pertenecía. Finalmente, tiene lugar el desafío de Francisco Real—cuchillero y guapo del Norte—la respuesta cobarde de Rosendo, la desilusión patente en la cara de la

Lujanera y la muerte misteriosa de Francisco, el Corralero.

Por otro lado, sin embargo, el personaje del narrador directamente se involucra en los eventos del cuento. Cuando Francisco entra en la milonga, el narrador tiene que enfrentarse a él y pelear. Como el narrador está tirado en el suelo, Francisco lo toma totalmente por sorpresa: “Estiró los brazos y me hizo a un lado, como despidiéndose de un estorbo” (Borges: 390). Además, nos enteramos de los pensamientos del narrador, que está muy preocupado especialmente por el rechazo del desafío del ex-guapo Rosendo y, también, por sus propias inquietudes sobre la “hombría deteriorada del sur”. Finalmente, después de darse cuenta del fracaso de su héroe del pasado, el narrador nos presenta la resolución de mantener su coraje y orgullo por demostrar otra vez a Villa Santa Rita “que no éramos naides”.

La gran participación del narrador en los eventos del cuento se hace aun más notoria en el duelo con Francisco. Con el fuerte deseo de vengar el orgullo perdido del sur contra los del norte, el narrador lucha contra Francisco, a quien mata. Pero, aunque es un momento crucial del cuento, el narrador niega su responsabilidad de contar; en esa historia nunca encontramos, de manera directa, su confesión del asesinato. Sin embargo, la evidencia existe desde el comienzo del cuento, cuando el narrador habla de la Lujanera, que se presenta como un objeto:

“A mí, tan luego, hablarme del finado Francisco Real. Yo lo conocí, y eso que éstos no eran sus barrios porque él sabía tallar más bien por el Norte...Arriba de tres veces no lo traté, y ésas en una misma noche, pero es noche que no se me olvidará, como que en ella vino la Lujanera porque sí a dormir en mi rancho y Rosendo Juárez dejó” (Borges: 389). El punto crucial se relaciona con la Lujanera, originalmente la mujer de Rosendo. Cuando Rosendo rechaza el desafío, la Lujanera se va con el ganador, Francisco. Sin embargo, nos

enteramos de que al final de los eventos “ella vino la Lujanera porque sí a dormir en mi rancho” (389). La mujer en el cuento es una persona infiel, que constantemente quiere seguir al más valiente. Entonces, es acertado deducir que la Lujanera es vencida por la lucha ganada por otro guapo, específicamente el narrador.

Borges busca el pasado de su país pobre en culturas propias y asocia—de manera muy creativa— a los “compadritos” y a los cuchilleros del arrabal con una tradición muy antigua de lo que se entiende por fuerza; este principio es indiscutible en el personaje del narrador en “Hombre de la esquina rosada”. Esta concepción del compadrito de la lucha, así, está basada en prácticas viejas y usos premodernos. En este sentido, Borges sostiene que no hay una cultura argentina, sino tradiciones con una deuda profunda con el coraje y el orgullo. Con esta concepción del coraje mítico, Borges puede dar un paso adelante en dirección a su meta de crear una literatura original argentina; el tema del coraje es un tópico que Borges utiliza para modificar las fuentes y las literaturas extranjeras.

La mezcla borgeana en “El asesinado desinteresado Bill Harrigan”

En el cuento “El asesino desinteresado Bill Harrigan”, que trata sobre la vida y las hazañas del bandido Billy the Kid, verificamos otra vez cómo Borges modifica las fuentes extranjeras y las amalgama con las tradiciones propias de la Argentina. Con el culto al coraje, Borges toma las tradiciones de la Argentina y las mezcla con fuentes estadounidenses del Lejano Oeste para dar forma a una literatura distinta y nueva: una literatura en las orillas de culturas diferentes. Si aplicamos las palabras de Sarlo, “El asesinado” es un ejemplo de cómo Borges usa el reordenamiento de “las tradiciones culturales nacionales” para “cortar, elegir y recorrer...las literaturas extranjeras”, que crea una dinámica de una mezcla de choque (Sarlo: 14). Para desarrollar esta dinámica, voy a mostrar las interrelaciones entre el cuento y sus fuentes, además de los conflictos internos de cada uno.

En primer término, en “El asesino desinteresado”, Borges fortalece el uso de las tradiciones propias para inculcar las mismas pautas del coraje mítico y la lucha de “Hombre de la esquina rosada” en las acciones del bandido Billy. En una escena, a la que Borges da el título de “Demolición de un mejicano”, Billy está en un bar en el oeste de Estados Unidos, tomando un whisky con otros hombres de frontera, realmente una multitud brusca. Inmediatamente, un mejicano entra en el bar y desafía a todos los clientes. Bill es la única persona que responde al desafío del mejicano, Belisario Villagrán: “Ha entrado un mejicano más que fornido...En duro inglés desea las buenas noches a todos los gringos hijos de perra que están bebiendo. Nadie recoge el desafío. Bill pregunta quién es, y le susurran temerosamente que el Dago—el Diego—es Belisario Villagrán, de Chihuahua. Una detonación retumba en seguida. Parapetado por aquel cordón de hombres altos, Bill ha disparado sobre el intruso” (Borges: 375). La manera en la cual Villagrán entra en el bar recuerda a la entrada de Francisco Real del cuento “Hombre de la esquina rosada”; entran sólo con el motivo de desafiar. Pero, distinto de las acciones de Real, Villagrán no busca a un hombre específico que tenga una reputación impresionante como guapo. En contraste, Villagrán “desea las buenas noches a todos”, a cada persona en el bar (375; énfasis mío). En un sentido, este desafío de Villagrán muestra coraje y orgullo hasta el punto de la imprudencia; el hecho de que Villagrán no sepa con quién lucha deja abierta la posibilidad de entender que va a luchar contra alguien con mejores habilidades que un pistolero. La respuesta de Billy completa esta idea borgeana del coraje mítico. Cuando Billy mata al mejicano, no hay otras explicaciones de su forma de actuar aparte del orgullo y la pelea. Es decir, Billy demuestra el dicho “matar porque sí”, es decir matar sólo para determinar quién es el más guapo.

En “Demolición de un mejicano”, sin embargo, Borges se desvía de las tradiciones argentinas en los temas del duelo y el coraje mítico. Primero, mientras que el desafío de Villagrán podría ser una señal de gran coraje, hay otro sentido de que a ese desafío le falta el mismo coraje que Real muestra. Cuando llega a la milonga, Real tiene la intención de desafiar a Rosendo Juárez, un hombre con la reputación de un cuchillero feroz. Villagrán, quien entra en un bar de borrachos, quizás busque luchar contra un pistolero novato. En otro sentido, un desafío contra todos simboliza un disfraz del coraje fingido, la imagen falsa de un guapo. Segundo, a diferencia de las luchas de los cuchilleros, Villagrán se afirma en el bar, Billy contesta y la decisión es casi instantánea; con pistolas en vez de cuchillos, las balas invisibles “matan...como una magia” (Borges: 373). La posibilidad de mucha distancia entre los pistoleros permite parapetarse. En realidad, incluso ocasionalmente en la idea del duelo en el Lejano Oeste está la idea de artimaña. Así, en la lucha con Villagrán, Billy también está “parapetado por aquel cordón de hombres altos”, una estrategia que le da a Billy definitivamente una ventaja sobre Villagrán durante la lucha (375). Entonces, aunque los temas del Lejano Oeste caben en algunas ideas borgeanas sobre el duelo y el coraje mítico, el desafío y la lucha entre Billy y Villagrán también muestran los elementos que son fieles a una tradición extranjera.

Esta pauta de vínculos con elementos argentinos y extranjeros aparece también en una investigación de las fuentes del cuento. Específicamente, Borges adapta las fuentes estadounidenses, extranjeras, para estructurar su cuento de duelo y de coraje mítico, que pertenece a la tradición argentina. Como escribe en el índice de las fuentes en *Historia universal de la infamia*, Borges toma la historia de Billy de los libros *The Saga of Billy the Kid*, escrito por Walter Noble Burns, y *A Century of Gunmen*, escrito por Frederick Watson. En estos libros, especialmente el de Burns, se puede leer sobre el mito del vigésimo hombre que Billy supuestamente mató como también lo hizo en su participación en la Guerra Lincoln y en sus intentos exitosos al fugarse de la cárcel. Borges replica estas historias, cuando escribe en su cuento las frases “los veintiún años debía a la justicia de los hombre veintiuna muertes” y “el siempre aculebrando Bill Harrigan, huyendo de una celda rectangular” (Borges: 373, 374). En definitiva, estos hechos de la vida de Billy the Kid en el cuento reflejan la realidad de su historia. Como resultado, Borges usa estos hechos como un esquema para muchas zonas del cuento “El asesinado”.

Sin embargo, en el mismo sentido en que es posible interpretar la lucha entre Billy y Villagrán desde una perspectiva diferente a la de las tradiciones nacionales, también es evidente que Borges manipula las fuentes estadounidenses de Watson y Burns. Primero, el nombre del bandido famoso no era “Bill Harrigan”, sino Henry McCarty. (También tenía otro nombre para proteger su identidad, William H. Bonney.) Además, Norman Thomas Di Giovanni, quien trabajó con Borges para traducir muchas de sus obras al inglés, afirma que no existe una historia sobre la juventud de McCarty, de sus años en Nueva York. Sólo sabemos por la obra de Burns que McCarty nació en Nueva York en 1859. Cuando tenía tres años, según Burns, la familia de McCarty se mudó a Kansas (Di Giovanni: 121). Así, para escribir la sección “El estado larval”, Borges acude al libro de Herbert Asbury *Gangs of New York* en el cual aparece un personaje de una pandilla que también se llama Billy the kid (Bill Harrigan). Con este libro de Asbury, Borges añade a Burns una historia sobre la juventud de Billy (121).

Como resultado, en “El asesino desinteresado”, Borges escribe sobre las acciones de los Swamp Angels como una influencia en la educación de Billy, a saber, una educación que se ocupa de delitos: “A veces, de la buhardilla de alguna casa...una mujer volcaba sobre la cabeza de un transeunte un balde de ceniza. El hombre se agitaba y se ahogaba. En seguida

los Ángeles de la Ciénaga pululaban sobre él, lo arrebatan por la boca de un sótano y lo saqueaban” (Borges: 374). La creación borgeana de una juventud involucrada en actos de violencia, como en la frase “lo arrebatan por la boca”, puede ser interpretada como una manera en que Borges justifica la psicología de Billy en las historias de Burns y Watson más tarde en el cuento. Es probable, sin embargo, que los años pandilleros de la vida de Bill Harrigan sirvan como otra mezcla, otro encuentro.

De todas formas, el personaje Bill Harrigan en el cuento es en realidad una combinación, una mezcla de dos historias, la historia de Burns y Watson y además de la historia de Asbury. Pero mientras que Bill Harrigan es un producto de una mezcla de historia estadounidense, que crea un tipo de ficción, la “historia-ficción” de las fuentes extranjeras también se mezcla con los temas borgeanos. Estos temas del coraje mítico y el duelo—también tipos de historia-ficción, basados en la historia criolla y gauchesca y combinados con la imaginación de Borges—pueden ser interpretados en las acciones de Bill Harrigan. Pues, en su cuento, hay muchas maneras en que podemos ver al personaje de Bill Harrigan en las orillas. Como una representación del proyecto para una literatura argentina, “El asesino desinteresado” muestra cómo Borges está en las orillas de la historia y la ficción, de lo nacional y lo cosmopolita, sobre multitudes de encuentros de caminos diferentes entre culturas.

La literatura nacional y universal

En un análisis del tema del duelo y el coraje mítico en *Historia universal de la infamia*, hemos visto cómo Borges es un escritor en las orillas. Primero, con la teoría de Sarlo, nos enteramos del doble linaje de Borges, de sus vínculos con elementos nacionales y cosmopolitas, y también de cómo estos vínculos afectan sus intentos de reinventar las tradiciones y la literatura de la Argentina en una sociedad de la periferia. Según Sarlo, vemos cómo Borges cumple con su objetivo en la periferia con la mezcla de tradiciones nacionales y cosmopolitas, representada por el arrabal, un espacio literario del choque y de la imaginación. Segundo, hemos aplicado la teoría de Sarlo a *Historia universal*, especialmente a los cuentos “Hombre de la esquina rosada” y “El asesino desinteresado Bill Harrigan”. En “Hombre de la esquina rosada”, vemos la reinención de la tradición argentina en los conceptos del duelo y el coraje mítico en el espacio literario del arrabal. Pero en “El asesino desinteresado”, vemos cómo Borges se apropia de los elementos extranjeros y los mezcla con los conceptos nacionales. Como resultado, podemos interpretar el cuento sobre Bill Harrigan—que es un personaje creado sobre la mezcla de historia y ficción—como un ejemplo de la literatura orillera borgeana.

Por el hecho de que “El asesino desinteresado” es un cuento entre culturas diferentes, es también una representación de la literatura borgeana que es a la misma vez nacional y universal. En “El escritor argentino y la tradición”, un ensayo publicado en *Discusión*, Borges elabora la tesis de que la literatura argentina—por su posición en la periferia como una mezcla de tradiciones creativas nacionales y de fuentes extranjeras—tiene un carácter doble. En este espíritu de la mezcla, Borges enfatiza que los escritores argentinos no deben escribir sólo sobre los elementos de la tradición criolla, en su esfuerzo por crear una literatura nacional. En contraste, Borges cree que los autores argentinos no deben tener miedo de incorporar los temas extranjeros. En otras palabras, propone que es inaceptable excluir toda la literatura del occidente por la razón de que no es “nacional”, no es “argentina”. Por ejemplo dice: “Todo lo que hagamos con felicidad los escritores argentinos pertenecerá a la tradición argentina, de igual modo que el hecho de tratar temas italianos pertenece a la tradición de Inglaterra por obra de Chaucer y de Shakespeare” (Borges:

324). Chaucer y Shakespeare no escriben sólo sobre temas que pertenecen a Gran Bretaña. Podemos ver que Hamlet, la obra maestra de Shakespeare, toma elementos cosmopolitas de Dinamarca y también temas universales y los hace pertenecer a la cultura británica. Es decir, es imaginable que una literatura nacional pueda tener elementos extranjeros. ¿Qué es más británico que Hamlet representada en el Teatro del Globo?

Es en este sentido que Borges crea algo nuevo en “El asesino desinteresado Bill Harrigan”; en su mezcla de temas criollos y gauchescos, que reinventan las tradiciones argentinas, con los temas extranjeros de las fuentes estadounidenses, Borges crea una literatura nueva y propia de la Argentina, que se asienta en la identidad de la periferia, de las orillas. Como consecuencia de la mezcla, la literatura borgeana puede ser leída, como las obras de Shakespeare, como una literatura nacional y universal. Cuentos como “El asesino desinteresado”, con sus antecedentes en una cultura extranjera, contienen los argumentos universales. Por ejemplo, Billy the kid es un hombre solo, que se enfrenta contra la ley y la sociedad únicamente con su pistola, una situación que es compartida por muchas culturas. En definitiva, hay experiencias con las cuales toda la gente del mundo puede identificarse. Pero, además de a estos temas generales, el sujeto refiere a aspectos específicos en la cultura argentina. Aunque Bill Harrigan representa la imagen universal de un forajido, también responde a desafíos según un coraje mítico. Asimismo, su identidad literaria “de mezcla” se relaciona con la situación especial de la cultura argentina, pobre en tradiciones propias, lejana del centro, pero todavía con su identidad asentada en la periferia. Así, en el encuentro entre lo universal y lo nacional, es posible ver que “El asesino desinteresado” es una historia de pistoleros que Borges trasladó al ámbito porteño. Como Shakespeare, Borges define y trasciende su propia cultura, que siempre atrae hordas de lectores nuevos del todo el mundo.^{ix}

Trabajos Citados

Borges, Jorge Luis. “El asesino desinteresado Bill Harrigan”. Historia universal de la infamia (1935). Jorge Luis Borges Obras Completas 1 - 1923-1949. Buenos Aires: Emecé Editores, 2007. 373-377.

Borges, Jorge Luis. “El escritor argentino y la tradición”. Discusión (1932). Jorge Luis Borges Obras Completas 1 - 1923-1949. Buenos Aires: Emecé Editores, 2007. 316-324.

Borges, Jorge Luis. “Hombre de la esquina rosada”. Historia universal de la infamia (1935). Jorge Luis Borges Obras Completas 1 - 1923-1949. Buenos Aires: Emecé Editores, 2007. 389-396.

Giovanni, Norman Thomas Di. The Lesson Of The Master: On Borges And His Work. New York: Continuum International Publishing Group, 2005.

Sarlo, Beatriz. Borges, Un Escritor En Las Orillas. Buenos Aires: Editorial Seix Barral, 2003.

Notas

i Sarlo señala muchos factores como causantes de esta pobreza de tradición: la juventud de la Argentina a principios del siglo XX; los vínculos con España y el virreinato desde el siglo XVI hasta fines del período colonial; el elemento criollo como resultado de la colonia; y la llegada de nuevos inmigrantes—de Italia, de Alemania—que influyeron mucho en la conformación de la cultura argentina.

ii El padre de Borges buscó ayuda médica en Europa para salvar los restos de su visión. Como las operaciones fracasaron, el padre finalmente se quedó ciego.

iii “He querido mantener esta tensión que, según creo, atraviesa a Borges y constituye su particularidad: un juego en el filo de dos orillas. Busco la figura bifronte de un escritor que fue, al mismo tiempo, cosmopolita y nacional” (Sarlo: 13).

iv “[Borges] está perturbado por la tensión de la mezcla y la nostalgia por una literatura europea que un latinoamericano nunca vive del todo como naturaleza original” (Sarlo: 12).

v “Las orillas son un espacio imaginario que se contrapone como espejo infiel a la ciudad moderna despojada de cualidades estéticas y metafísicas” (Sarlo: 48).

vi El poema “Arrabal” sigue:

y mis miradas comprobaron

gesticulante y vano

el cartel del poniente

en su fracaso cotidiano

y sentí Buenos Aires:

esta ciudad que yo creí mi pasado

es mi porvenir, mi presente;

los años que he vivido en Europa son ilusorios,

yo he estado siempre (y estaré) en Buenos Aires (versos 15-23, Borges 35).

vii En un sentido, parece que Borges va a conservar la tradición criolla directamente en la nostalgia, directamente en el saber de que esta tradición—antes de la llegada de los inmigrantes—está desapareciendo. Es una memoria de la nostalgia.

viii “Entonces, Borges, volví a sacar el cuchillo corto y filoso que yo sabía cargar aquí en el chaleco, junto al sobaco izquierdo...” (Borges 396). Aunque sabemos que Borges es el escritor del cuento, también sentimos que es una parte de la audiencia de la narración.

ix “¿Cuál es la tradición argentina?” Borges se pregunta. “Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, y creo también que tenemos derecho a esa tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una u otra nación occidental” (Borges: 324). Borges declara que tiene el derecho a lo nacional y lo cosmopolita y universal. Es decir, mezcla estos elementos en las orillas de muchas culturas para crear un arte que es único y seductor.